



Poesía

Primera mención (Concurso XXIV, 1991)

CALIDUS FORNIUS

Ramón Cuéllar Márquez *

El calor pegajoso de las olas encabrita
a las gaviotas y a los pelícanos,
el recuerdo de un mar golfo solitario desprendiéndose
de los peces,
de los montones de algas;
hacemos una ceremonia evocando a Calafia,
absorbemos coronas de espinas.

Me escapo
con el eterno sopor de las ballenas
que mueren juntando conchas en su abdomen
—obtén la grasa.

Me detengo: los cangrejos han soltado
Las amarras azules que ataban
a las garzas,
han desvanecido una catarata.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Pero el espeso trotar del tiempo
 recula hasta los cardos,
 hasta la incipiente marea mogotina.

—Cortés, desaloja los siglos que te has quedado.

Del otro camino
 desando y desaviso a los árboles:
 sus raíces inmóviles
 nacen
 con el rito infatigable
 de semillas prohibidas.

Tengo una isla distanciada
 allá por la nube más lejana,
 donde respingan las gotas
 de ausencia
 y sequedad.

Esa península me empuja
 hacia la suavidad, h
 a
 c
 i
 a
 la copa que me embriaga de balandra.
 La brisa penetra por mis poros
 y las venas se me hinchan.

Mi mano anuncia el sol: mi dedo lo tapa;
 estamos dispuestos a convertirnos en pan,
 el encierro del horno,
 cúpula california,
 nos conocemos por dentro llenos de pitahayas,
 nos curtimos
 la cara, nos cortamos en cactus.

—Cortés, tu sangre se ha secado
 junto con
 las perlas.

El mar te estrangula California,
acompaña tus delirios de tierra milenaria,
eres el sórdido sermón de los jesuitas
que entablaron la promesa
de hacer flores con arena.

Por supuesto que la costa rodea al sol:
ambos se ambicionan prometeicos.

El venado es una línea del viento
—lo sabías—,
un dibujo de la sierra gigante.
—Una gruta pequeño San Francisco.

—Cortés, sufrimos la terquedad
del verso más local.

Ni siquiera las caguamas
empantanan
su espalda con desierto:
viven hilvanando retazos de agua.

Y el mar me aflora otra vez
en la fuente que guardo, un c
a
l
o
recto
anidando en mi lengua...

Éramos de oro sofocante,
con una estatua de choya como altar
—Haz tu conjuro.

*Los barcos encontraron el fin
del mundo.*

—Cortés, ¿por qué no quemaste tus naves antes?
Los barcos encontraron cuerpos
de lluvia primitiva,
con el mar

untado en sus hogueras
frías.

Ya no tengo la bóveda celeste
aplastada bajo mis pies:
ha vuelto a su lugar.

Calafia ha vuelto
a su cueva de sudor:
es de oro sofocante.



AC
91